



Santa Teresa de Jesús,  
vista por G. Cunninghame <sup>(1)</sup>

POR

FRANCISCO ESCOBAR GARCIA

I

PREJUICIOS

**Presentación.**—Formando parte del densísimo bosque bibliográfico que se produjo en torno a la figura eximia de Santa Teresa, hay un libro que figura a nombre de Gabriela Cunninghame Graham cuyo título es: «Santa Teresa. Su vida, su época». Madrid, 1927. Versión castellana, por Isabel Alonso.

**Interrogante.**—El hecho de ser el libro producción de la editorial «Revista de Occidente» que, como todos sabemos, ha recogido

---

(1) Conferencia del ciclo Curso de Invierno, pronunciada por el autor en el Aula Máxima de la Universidad de Oviedo.

do el pensamiento filosófico, sino muy español, sí muy moderno, me estimuló vivamente a explorarlo, por dos razones: una porque presumía yo que en él hallaría, acaso, algún estudio filosófico sobre la mística (zona muy poco explorada), y otra, porque me llamó la atención poderosamente encontrar en la primera página una dedicatoria al Dr. D. Francisco Herrera y Bayona, Canónigo y Tesorero de la Catedral de Valladolid, donde la autora, con extraña desenvoltura, se manifiesta en desacuerdo con el Dr. Herrera, en lo que respecta a Santa Teresa.

¿No es para admirar que una escritora inglesa, que vino a España para estudiar sobre el terreno la portentosa obra de Santa Teresa, que recorrió lugar por lugar, todos los puntos geográficos que algún día decoró la Santa con su presencia, que nos descubre su profunda emoción al sentarse en el poyo de la puerta de un convento (1) o de un mesón, donde la escritora presume que la Santa se haya sentado, no es de admirar, repito, que manifieste a un eximio teresianista, como la propia Canninghame llama al Dr. Herrera, su discrepancia sobre el juicio de Santa Teresa?

¿Qué Teresa de Jesús habrá visto esta escritora?

Esta curiosidad me hizo entrar ávidamente por las páginas del libro adelante.

**Lo anti respecto del rey.**—Ya en la primera de la introducción me sorprendieron los poco cariñosos epítetos de «tétrico y fanático,» con que saluda (2) a Felipe II, conceptos que remacha en la página 29 con adjetivos de este tenor: «Felipe II, hombre vulgar, de ideas mezquinas, rutinario y fanático», «que secaba (3) la vida de todos aquellos sobre quienes caía su sombra, y parecía no perseguir otro fin que la ruina de su gran imperio».

---

(1) «¡Cuántas—veces—dice no se apearía de un borriquillo en el umbral de este ancho y bajo portalón que tengo ante mis ojos, cuántas veces al montarse en él no se serviría de este mismo poyete!».—pág. 291.

(2) G. C. Graham. «Santa Teresa. Su vida. Su época», pág. 15.

(3) Pág. 314.

El libro, no obstante, tiene mucho atractivo. Aparte de ciertos datos históricos muy interesantes, como, por ejemplo, el de que Avila se pobló en gran parte por gentes idas de esta región de Asturias, y de que fué el Obispo de Oviedo, en 1099, quien bendijo solemnemente aquella plaza, hay en él hermosas descripciones.

Ante los ojos del lector, sugestionado por el arte de un estilo llano y realista, desfila la imagen policroma del paisaje castellano: los pinares de la sierra en contraste con las moles graníticas de Gredos; los amplios horizontes de trigo y amapolas con las extensas parameras decoloradas por un sol ardiente; los regatos y las sendas de cabras parece que están a pocos metros de nuestra vista. Avila, asentada sobre suelo granítico, desfila ante nosotros mostrándonos todo el encanto y misterio de una vieja ciudad medieval.

**Lo anti respecto de España.**—Pero nada más, lo restante de la introducción es un quejumbroso lamento ante una España que no gusta a la escritora, que ella conceptuaba a medio civilizar (1). He aquí cómo era la España del siglo XVI a juicio de la misma: «La impostura çundía por todo el mundo carcomiendo el corazón de España, aquella España del siglo XVI, con sus soldados lisiados recorriendo el país a la desbandada, sin recibir nunca la paga, ladrones, tahures, mujerzuelas, jácaros, segundones de familias nobles, sin más medio de vida que las manos vacías, clérigos, frailes, y monjas; en fin todo el inquieto caleidoscopio cristalizado para siempre en «Guzmán de Alfarache», «El gran tacaño» y las «Novelas ejemplares» de Cervantes.»

A la escritora que comentamos agradaba más la España del siglo XV, «de prelados levantiscos y guerrilleros, que figuraban a la cabeza de todas las conspiraciones, que aseguraban la sucesión de su beneficio para un hijo o para un nieto; de párrocos que estaban suficientemente habilitados con un poco de gramática parda; de

---

(1) Obr. cit., pág. 288.

monasterios llenos de frailes joviales, amigos del buen vino, que contribuían también a poblar las aldeas vecinas, puestos los ojos en los bienes de este mundo, más que en los intereses espirituales del venidero» (1).

Sin embargo, le disgusta que Carlos V, que Felipe II y la Contrarreforma hayan elevado la espiritualidad de España.

Véase cómo reacciona ante la España del siglo XVI: «Volvamos ahora—dice—(pág. 35) nuestra atención a los españoles de los últimos años de Carlos V y del reinado de Felipe II. ¡Sentimos el alma desfallecer de desaliento y desesperación!» (2).

**Lo anti respecto de la religión.**—También para los frailes tiene la autora acíbar en su pluma. Hablando de San Juan de la Cruz y de los primeros carmelitas reformados, a quienes trata la escritora con reverencia, dice: «Todavía no había entrado el fraile carmelita descalzo a engrosar las filas de mercenarios religiosos cuya negra sombra jamás ha caído sobre el umbral de una humilde vivienda, sin aumentar su pobreza y desolación. Todavía el aldeano no temía la aparición de aquellos frailes como un verdadero azote de Dios» (3). Entre los Dominicos, hurones de conciencias—al decir de esta escritora—(4), apellidados por ésta con acre ironía «los frailes negros de la inquisición», está Torquemada. A él dedica estas aceradas frases: «Su enemigo implacable—habla de los judíos—el gran Inquisidor de España, duerme el sueño eterno bajo frías losas en el centro de la vasta sacristía de Santo Tomás de Avila, ajeno al vituperio, a la maldición que ha lanzado sobre él la Historia. Ninguna inscripción conmemora su nombre ni sus virtudes. Tampoco lo necesita» (5).

La expulsión de los judíos pone notas de trémolo en la indigna-

---

(1) Obra cit. pág. 34.

(2) Obra cit. pág. 35.

(3) Obra cit. pág. 310.

(4) Obra cit. pág. 261.

(5) Obra cit. pág. 27.

ción de la escritora Cunninghame Graham y no sabemos si son lágrimas de cocodrilo las que vierte ante la depresión económica definitiva de España, que según ella, se inició en aquella época, aunque yo creo que influyó definitivamente fué Drake.

Hay todavía un detalle más en la introducción que no quiero pasar por alto, puesto que contribuirá poderosamente a que nos formemos juicio sobre la ideología de Cunninghame Graham. Nos referimos al juicio crítico que de la Inquisición española hace esta escritora.

Aquí es donde queda patente otra mentalidad influida—como tantas—por las nocivas tendencias de la «Leyenda negra».

Véase con qué morbosa delectación describe algunos lances a que dió lugar la actividad de la Inquisición.

«Delante de la entrada principal de San Pedro se instaló el horripilante tribunal de los frailes negros; y una apretada multitud, de instintos sanguinarios, llenó el espacio, donde ahora los lugareños de los vecinos pueblos y aldeas venden legumbres y carbón de leña. Por medio de torturas, demasiado horrorosas de narrar, torturas concebidas en aquellos claustros tan tranquilos, un judío convertido de Tembleque fué forzado a acusarse a sí mismo de haberse procurado, con la complicidad de otros inocentes, el corazón de un niño cristiano desaparecido de Toledo, para emplearlo, con una hostia consagrada, como conjuro, contra los inquisidores, y, según decíase, hacer morir a éstos de locura y poder restituir a los judíos el libre ejercicio del rito hebreo» (1).

No es del caso defender el tribunal de la Inquisición, cuyo juicio—no por cierto desfavorable—ya tiene hecho la historia. Sin embargo, si en España, cabríamos a nosotros decir se encendieron hogueras, fué en nombre de un credo religioso hondamente sentido. Pero Miguel Servet (2), nuestro compatriota fué quemado vivo por Calvino en nombre de una doctrina que acaso él mismo no

---

(1) Obra citada, pág., 25.

(2) M. Pelayo. H.<sup>a</sup> de los Heterodoxos Españoles.

creía. España quemaba a los herejes en efígie, o, a lo más, después de muertos. Calvino hacía morir en las torturas de la hoguera.

**Idealismo.**—Finalmente. Aquí y allá de la obra que comento hallé frases que descubren el pensamiento filosófico de la escritora, como las siguientes: «El mundo no existe en el tiempo, sino en el pensamiento». «Olvidamos lo ideal como causa de la formación del mundo»: «Místicos y filósofos, paganos o cristianos, Buda, Platón, Fray Juan de la Cruz, todos son eslabones de la misma cadena: todos fueron enardecidos por la divina llama del idealismo» (1).

**La tesis.**—Todo lo dicho, señores, y una concepción semi-socialista de la vida que se descubre en pinceladas veladas con más o menos discreción, (2) fueron lo suficiente, para que yo entendiese ya la dedicatoria que tan poderosamente me había intrigado; para que yo comprendiese qué querían decir aquellas palabras de la autora al Dr. D. Francisco de Herrera y Bayona: «No porque con mis ideas éste él (el Dr. Herrera) en un todo conforme, acaso no lo esté en nada», y para que cobrasen todo su sentido aquéllas otras del prólogo que dicen: «De cuantos libros se han escrito sobre Santa Teresa, bien podemos decir con los españoles: «Esto huele a santo». La autora ha procurado estudiar a Teresa de Ahumada, mujer... para demostrar, cómo, sin más recursos que su propia energía, sacó a la Orden Carmelita del estado de ruina en que se hallaba»... palabras que manifiestan clarísimamente la intención de explicar la fama de Santa Teresa por razón de sus extraordinarias dotes personales, sin ninguna intervención divina. Preveímos, en una palabra, que la obra tendía a explicar racionalmente a Santa Teresa y a eliminar en ella todo elemento sobrenatural.

---

(1) Obr. cit., pág. 58.

(2) Obr. cit., pág. 296.

## II

## E R R O R E S

**Afirmación atrevida.**—En efecto: En la página 68 de la obra que comentamos, dice la autora: «Aunque Teresa de Jesús veía visiones y oía voces... no fué mística por naturaleza» y, casi seguidamente, en la página 69, repite: «He dicho varias veces que Teresa no era mística». «Voy a explicarlo.—«No cabe duda de que la anormalidad de su vida espiritual puede atribuírse a su mala salud, como ella misma dijo con frecuencia. Joven, enferma crónica y excesivamente susceptible a las impresiones externas, no podía menos de verse expuesta a todas las sutiles influencias del claustro, y en un momento se dejó subyugar por ellas. Al recobrar la salud, aquellos arrobamientos, los esfuerzos que hiciera para alcanzar una perfección que traspasaba los límites de la naturaleza humana, desaparecieron. Durante un período de casi veinte años, su vida no fué, según ella misma, ni mejor ni peor que la de los demás, hasta que un acontecimiento casual, en el que tal vez no dejó de influir el desengaño, despertó sus antiguas emociones con renovado vigor. Sus arrobamientos místicos, por lo tanto, se reducen a los dos o tres primeros años de su vida conventual, y a otros diez, o menos, entre los cuarenta o cincuenta. Desde el momento en que emprendió los trabajos activos de su vida de fundadora, el misticismo dejó de ser para ella una preocupación. Según todas las apariencias, el misticismo no fué más que el acompañamiento, el eco, por decirlo así, de la melodía de su vida».

He de confesar que afirmación tan extraña como la de Cunningham Graham: «He dicho varias veces que Teresa no era mística», me desconcertó momentáneamente, como queda uno en suspenso cuando se niega lo evidente.

Para mí, en quien la convicción de que Santa Teresa se movió en las esferas de la vida mística con soberana y consciente amplitud, es absoluta e indubitable; adquirida, primeramente, por con-

tacto con la atmósfera nacional, fortalecida, además, con la lectura de las Obras de la Santa, y confirmada definitivamente, desde que los estudios teresianistas y místicos son cultivados por mí un tanto más intensamente, para mí, repito, planteaba la escritora Cunninghame una tesis cuyas pruebas deseaba yo vivamente conocer.

**Clave: el racionalismo.**—Pues bien. Después de leer páginas y páginas me convencí de que Cunninghame Graham seguía fielmente el método del protestantismo racionalista, o sea, el de procurar explicar racionalmente los hechos milagrosos y negar la existencia de los inexplicables (1).

**Los hechos externos.**—En efecto. Ella niega que el corazón de Teresa de Jesús haya sido transverberado, como la Santa lo manifiesta en el cap. XIX de su Vida, sino que la transverberación ha sido un no querer parecer menos que Santa Gertrudis (2) cuyo corazón fué atravesado por una saeta de oro, ni que Santa Catalina a quien Jesucristo—dice Cunninghame con cierto escepticismo—le extrajo el corazón para devolvérselo más tierno y fervoroso. La herida que todavía se observa hoy en el corazón de Santa Teresa fué producida después de ella muerta, porque según Cunninghame: «En aquellos tiempos no había para la Iglesia artimaña ni falsedad injustificable, por criminal que fuese, si daba por resultado la glorificación de una Orden» (3).

Un día pusieron en los brazos de Santa Teresa a Gonzalito de Ovalle que había sido alcanzado al derrumbarse una pared y fué recogido cadáver, al parecer. La santa le devolvió con vida, se cree

---

(1) Todo el encanto místico de la Santa quiere Cunninghame encerrarlo en la estrechez de la intuición. «El desarrollo extraordinario de la intuición en Teresa—dice—lo que tantos confundían con el don, fué un arma poderosa que ella supo utilizar astutamente.

(2) Obr. cit. pág. 149.

(3) Ib.

que por obra de milagro. Sin embargo, Cunninghame Graham pone este comentario malicioso: «En una edad de tanta superstición e ignorancia como aquélla, no es extraño que nadie tratase de averiguar si la rigidez del cuerpo del niño era efecto de la muerte o de un desmayo» (1). «Sin embargo, esto satisfizo a los cronistas de milagros y supercherías del siguiente siglo, no siempre limpios de hipocresía y de doblez» (2).

No deja de causar estupor, asimismo, la ligereza con que califica de leyenda la parte biográfica milagrosa de San Juan de la Cruz, cuando dice: «No tardaron los espíritus malignos, y aquí empieza ya la leyenda, en atacar la vida de aquel pequeño Juan... Cuando éste contaba unos cinco años se cayó en un pozo y, después de surgir por tres veces del fondo quedó flotando milagrosamente en el agua (3).

Santa Teresa aprendió en la oración la ciencia exquisita de que están llenas sus Obras. Ella misma nos lo dice: «*Que muchas cosas de las que aquí escribo no son de mi cabeza, sino que me las decía este mi maestro celestial*», «*que ella era como el que copia un bordado que tiene delante de los ojos*». Una venerable monja, Ana de la Encarnación, amiga inseparable de nuestra Santa testifica que: «Estando aquélla escribiendo las Moradas en el convento de Segovia notó, mientras ella esperaba a la puerta de Teresa, por si se le ofrecía algo, que tenía el rostro bañado como en una luz muy clara y que salían de su cuerpo unos resplandores como rayos dorados, lo que duró una hora, hasta que Teresa, a las doce de la noche, dejó de escribir, quedándose entonces en la obscuridad».

Ante estos testimonios que descubren evidentemente una intervención sobrenatural reacciona la escritora que comentamos diciendo «bien podemos perdonar a unas monjas ignorantes que estuviesen seguras de la intervención divina en los escritos de Tere-

---

(1) Obr. cit. pág. 200.

(2) Ib.

(3) Obr. cit. pág. 285.

sa», (1) dando a entender que no hay tal intervención divina «sino un estado de exaltación psicológica, que hace fluir abundantemente las ideas» (2).

**Los fenómenos de conciencia.**—Más fácil todavía que explicar racionalmente los hechos milagrosos que trascienden a la vida exterior—como los que hemos citado—es negar o explicar los fenómenos místicos que se desarrollaban en el santuario de la conciencia.

El sello que distingue a los místicos de los santos es la manifestación que de Sí mismo hace Dios a los primeros. El místico no solamente vive en Dios y Dios en El, característica común a todas las almas en gracia, sino que Dios se le manifiesta de distintas maneras:

A) Unas veces presentándose Jesucristo al alma como en esta visión que narra Santa Teresa (3).

*Estando un día en oración, quiso el Señor mostrarme solas las manos, con tan grandísima hermosura que no lo podría yo encarecer... Desde a pocos días vi también aquel divino rostro, que del todo me parece me dejó asorta. No podía yo entender por qué el Señor se mostraba así poco a poco pues después me habría de hacer merced de que yo le viese del todo, hasta después que he entendido que me iba Su Majestad llevando conforme a mi flaqueza natural. . Un día de San Pablo, estando en misa, se me representó toda esta Humanidad sacratísima, como se pinta resucitado, con tanta hermosura y majestad como particularmente escribí a nuestra merced cuando mucho me lo mandó... No es resplandor que dislumbre, sino una blancura suave, y el resplandor infuso, que da deleite grandísimo a la vista y no la cansa, ni la claridad que se ve para ver esta hermosura tan divina.*

B) Otras veces, hablándole un lenguaje tan claro, tan penetrante que no hay sino oírlo: como dice la Santa.

(1) Obr. cit., pág. 171.

(2) Obr. cit., pág. 169.

(3) Vida, cap. XXXIII, Obras de Santa Teresa de Jesús editadas y anotadas por el P. Silverio de Santa Teresa, C. D., pág. 217 y sigs.

C) Otras, dejándole un don, un regalo, como acaeció a Santa Teresa, según ella misma lo cuenta (1).

*Una vez,—dice—tiniendo yo la cruz en la mano, que la traía en un rosario, me la tornó con la suya, y cuando me la tornó a dar, era de cuatro piedras grandes, muy más preciosas que diamantes, sin comparación, porque no la hay casi, a lo que se ve, sobrenatural (diamante parece cosa contrabechada y imperfecta), de las piedras preciosas que se ven allá. Tenía las cinco llagas de muy linda hechura. Dijome que ansí la vería de aquí adelante, y ansí me acaecía que no vía la madera de que era, sino estas piedras, mas no lo vía nadie sino yo...*

D) En fin, las experiencias místicas son variadísimas y de ordinario acompañadas de un fortalecimiento extraordinario para seguir adelante en el amor y despego de las criaturas.

Pues bien; la escritora que nos ocupa pretende destruir toda esta máquina mística acudiendo a los socorridos tópicos del subjetivismo y de la auto-sugestión.

**Lo subjetivo.**—En efecto; la página 54 dice, refiriéndose a la Santa: «Este mundo ilusorio de alucinaciones que forjó y alimentó ella misma, llegó a dominar lo más recóndito de su naturaleza con toda la fuerza de la realidad». «Víctima de la ilusión que llega a dominarnos al vivir con el pensamiento puesto en algún ser amado y para siempre ausente, ilusión que nos hace sentir la caricia de su voz, el rumor de sus pasos, y hasta el sostén de su voluntad en nuestras decisiones, Teresa oyó la voz del Crucificado, sintió el influjo de su presencia» (2). «Aunque Teresa veía visiones—dice en otro lugar—y oía voces, y aunque describía las sensaciones que experimentaba en el mundo invisible de su propia creación, no fué... mística por naturaleza» (3). «Estas visiones fugaces, nada en sí, fuegos fatuos, al reflejarse en su cerebro dotado de una sensibilidad emi-

---

(1) Vida, Tom. I de las obras completas, pág. 230.

(2) Obr. cit., pág. 53.

(3) Obr. cit., pág. 68.

nementemente plástica, se hacían ponderables ante sus ojos mostrando síntomas de vida y consistencia. No se insistirá nunca suficientemente sobre el hecho de que ella misma dudó hasta el fin de su vida de la realidad de estos fenómenos» (1).

Podríamos citar más lugares, pero estimamos que con los leídos queda claramente descubierta la idea básica que impulsa a la autora que comentamos: la de que los fenómenos místicos fueran en Santa Teresa una pura ilusión. Solamente haremos alusión a un hecho concreto.

**Hechos.**—La primera vez que la Santa oyó las palabras de Jesús fué en una ocasión muy memorable. El Maestro Daza, el caballero Salcedo, las monjas de la Encarnación, la voz general de la ciudad reaccionaron contra las primeras manifestaciones místicas de Santa Teresa atribuyéndolas a intervención del demonio: y al nombre de Teresa asociaba entre dientes la conciencia general «exorcismo», «inquisición», «cosas del demonio», «engaños».

Se recordaba con horror la reciente trágica impostura de Magdalena de la Cruz. La propia Santa Teresa temió que fuera todo ardid del demonio: Ella quería no tener aquellos favores místicos. pues no estaba en sus manos evitarlo. (2). Por eso sus torturas eran horribles. Oigámoslo a ella.

*Fuíme de la iglesia con esta aflicción, y entréme en un oratorio, habiéndome quitado muchos días de comulgar, quitada la soledad, que era todo mi consuelo, sin tener persona con quien tratar, porque todos eran contra mí... Pues estándome sola, sin tener una persona con quien descansar, ni podía rezar, ni leer, sino como persona espantada de tanta tribulación y temor de si me había de engañar el demonio, toda alborotada y fatigada, sin saber qué hacer de mí... Estuve así cuatro u cinco horas, que consuelo del cielo ni de la tierra no había para mí, sino que me dejó el Señor padecer, temiendo mil*

---

(1) Obr. cit., pág. 107.

(2) Porque de [sde] que no tomaba horas de soledad para oración, en conversación me hacía el Señor recoger; y, sin poderlo yo excusar, me decía lo que era servido, y, aunque me pesaba, lo había de oír.

*peligros... Pues estando en esta gran fatiga... solas estas palabras bastaron para quitármela: NO HAYAS MIEDO, HIJA, QUE YO SOY Y NO TE DESAMPARARE, NO TEMAS. Paréceme a mí según estaba, que era menester muchas horas para persuadirme a que sosegase, y que no bastara nadie. Heme aquí con solas estas palabras sosegada, con fortaleza, con ánimo, con siguridad, con una quietud y luz, que en un punto ví mi alma hecha otra, y me parece que con todo el mundo disputara que era Dios. (1).*

Pues bien, señores, este pasaje de la Vida de la Santa, acaso el más dramático y emotivo de ella, es interpretado por Cunninghamme, como una pura quimera, como una alucinación más. He aquí el comentario textual de la escritura: «En la oración a que hacemos especialmente referencia, sus fuerzas estaban agotadas... Su constitución física ya de suyo débil, estaba minada por los severos ayunos y viglias, lo que unido a sus frecuentes enfermedades hubiera sido causa más que suficiente para provocar en cualquier persona menos imaginativa que ella quimeras y alucinaciones». (2).

**El éxtasis.**—Pasemos ahora a los éxtasis. Santa Teresa padecía éxtasis frecuentemente. Veamos cómo se produjo uno de ellos:

*Todo ayer, dice la Santa en la relación XV, me ballé con gran soledad, que si no fué cuando comulgué, no hizo en mí ninguna operación ser día de la Resurrección. Anoche estando con todas dijeron un cantarcillo de cómo era recio de sufrir vivir sin Dios. Como estaba ya con pena fué tanta la operación que me hizo, que se me comenzaron a entomecer las manos, y no bastó resistencia, sino que como salgo de mí por los arrobamientos de contento, de la mesma manera se suspende el alma con la grandísima pena, que queda enajenada, y hasta hoy no lo he entendido... Quedó tan quebrantado el cuerpo, que aun esto escribo hoy con harta pena, que quedan como descoyuntadas las manos y con dolor. (3).*

El P. Silverio de Santa Teresa, en una nota pone estos marginales: «La autora del cantarcillo que así arrobó a la Santa Fundadora,

(1) Obras completas. Tomo I, página 197 y siguientes.

(2) Obra cit. página 139.

(3) Obras completas. Tomo II, página 48.

fué la M. Isabel de Jesús, siendo novicia en las Carmelitas de Salamanca. Ella misma nos da los pormenores de la escena que hemos transcrito... y especialmente me acuerdo, que siendo yo novicia, estando en la recreación, canté una letra que trataba de lo que siente un alma el ausencia de su Dios, y estándola cantando, se quedó arrobada entre las demás religiosas. Y habiendo esperado un rato como no volvía en sí, la llevaron tres o cuatro a la su celda en peso, que lo que allí pasó no lo sé; solo que la vi salir al otro día, después de comer de su celda, y parece que estaba todavía absorta y cómo fuera de sí...»

El cantarcillo, que tan profunda e intensamente afectó a la Santa, fué esta sencilla copla que tiene, es cierto, un no sé qué de encanto.

Véante mis ojos,  
 Dulce Jesús bueno;  
 Véante mis ojos,  
 Muérame yo luego.  
 Ve quien quisiere  
 Rosas y jazmines;  
 Que si yo te viere,  
 Veré mil jardines.  
 Flor de serafines,  
 Jesús Nazareno,  
 Véante mis ojos,  
 Muérame yo luego.

Cinco teorías hay, que yo sepa, para explicar el éxtasis, cuatro de ellas más o menos científicas y una grosera y nada científica. Las primeras son:

A) La constitucionalista, sostenida v. gr. por el Prof. Dr. P. Mathes, de la Clínica ginecológica de la Universidad de Innsbruck (1) y por Ribot.

---

(1) «Los tipos constitucionales femeninos».

B) La neurológica, de Magnard, por ejemplo, ambas francamente materialistas.

C) La tesis psicológica, de William James, Delacroix, Botroux, etcétera, y

D) La filosófica ya ortodoxa, ya heterodoxa.

**Teoría erótica.**—La quinta, la más grosera, la menos científica de todas es la erótica. Es la teoría en la que Freud va abriendo camino. Conforme a esta tendencia el místico es un enamorado, pero no a lo divino, a lo humano. «La beata histórica—dice Sainz Rodríguez en su Obra: «Introducción a la Historia de la Literatura mística en España» (1)—condenada a una vida anormal, hambrienta de amor, encuentra en Jesús el substitutivo imaginario de un objeto de amor más terrenal».

Ahora bien: Cunninghame Graham, la autora que comentamos, acepta, para explicar los éxtasis de Santa Teresa, la grosera teoría erótica. También supone a Santa Teresa aprisionada en el amor a lo humano de Nuestro Señor. También ella explica los éxtasis de la Santa como consecuencia de ese amor, de ese erotismo absurdo.

Las líneas que voy a leer en su obra lo delatan:

«Al dar sus primeros pasos en el misticismo, a los veinte años, fué su constante empeño—vano al principio, sin la fuerza evocadora de una viva imaginación—sentirse aprisionada en la humanidad de Jesús. Toda la ternura, toda la pasión de mujer desviada de sus fines naturales, se reconcentraron, en busca de reposo, en esa faz nublada, en esos ojos llenos de dulzura, en la palidez de su frente, en el sufrimiento y la abnegación reflejados en su boca. Cristo... fué el objeto de su pasión, y de él se sentía correspondida.

En sus noches de insomnio sigue al amado Esposo al huerto de Getsemaní, le enjuga el sudor de la frente, tiembla de delicia con

---

(1) ...condensando esta teoría en pocas palabras...

su sonrisa, y en su desvarío busca en vano la forma y el calor de los divinos ojos. Pasa su vida en íntima comunión con el fantasma, a cuyos pies se postra, abrazando sus rodillas con apasionamiento en la duda, y en estos delirios de estática unión, transida de dolor y de placer, desfallece y cae rígida como una muerta» (1).

**Más sombras.**—Como si esta teoría erótica aplicada a nuestra Santa no incluyese una grave injuria, todavía de la pluma de la autora que comentamos se desprende otra no menos indignante, al suponer que Santa Teresa fué la primera en dudar de la realidad de sus dones místicos, pero que nunca quiso reaccionar contra la corriente de santa y de mística que iba invadiendo a las gentes con el fin de hacerse un nombre de extraordinario brillo, para así llevar a cabo más fácilmente la reforma de su orden. Estos conceptos que atribuyo a Cunningahame, sino patentes, aparecen velados en frases como las que siguen: «No se insistirá nunca suficientemente sobre el hecho de que ella misma dudó hasta el fin de su vida de la realidad de estos fenómenos. Razón tendría para ello. Siempre se vió atormentada por la idea de que no había hecho más que engañarse y engañar a los demás. Tal vez fué este el pensamiento que la acometió en su lecho de muerte, haciéndole repetir con tristeza: *«Cor contritum et humiliatum, Deus, non despicias»*. Acaso pudo ser engañada—termina la escritora— otras más grandes que ella lo han sido». «Yo me la imagino—dice Cunningahame en otro lugar—sonriendo ella misma en años posteriores al mirar desde la altura inconmensurable de su grandeza espiritual el pedestal de gloria donde la había colocado la imaginación popular, no por su mérito verdadero, incomprendible para las multitudes, sino por lo que ella apreciaba tan poco que bien hubiera querido hacer desaparecer de su vida». (2).

---

(1) Obra cit., página 53.

(2) Obra cit., página 137.

## III

## LA VERDAD

**Nuestra posición.**—Creo que nadie, ni del campo de la sinceridad, ni del de la mala fe, tuvo valor nunca para proyectar sobre Santa Teresa las sombras de la hipocresía. Hasta que Gabriela Cunninghamame Graham dejó caer de su pluma esas frases que hemos transcrito.

Nosotros, sin embargo, afirmamos con plena conciencia, que si alguna pluma escribió diáfano sobre estados psíquicos propios, si hubo almas transparentes y exentas de hipocresía, si alguna vez la sinceridad y la sencillez existieron sobre la tierra, esa pluma, esa alma, esa sinceridad pertenecen a Santa Teresa de Jesús.

**Juicio de la Historia.**—Pero no; la Historia ya tiene hecho el juicio de Santa Teresa. Y es juicio seguro. Se apoya sobre el testimonio de la autoridad y sobre el análisis intrínseco de los escritos de la Santa que son el reflejo más fiel del alma más lúcida y grande de aquel siglo.

**Pruebas.**— La Historia admitió definitivamente a Santa Teresa entre los místicos, apoyándose 1.º. En la posición de la Iglesia católica que la canonizó y considera como premiada en vida con frecuentes éxtasis y con el matrimonio espiritual. 2.º. En la literatura pontificia como la Carta que Pío X dirigió al Preósito General de los Carmelitas Descalzos en 1914, de la que es esta frase: «Por las más altas cumbres de la teología mística camina Teresa con tanta libertad de espíritu, que se diría vive en ellas como en su propio reino».

**Examen interno.**—3.º En la autoridad humana: de la que entresacamos a Fray Luis de León y a Menéndez Pelayo, y ninguno más, porque son innumerables; y, además, porque queremos que vosotros mismos, señores, me sigáis en el 4.º punto, o sea en el examen

o análisis intrínseco de las Obras de la Santa. No es preciso de todas las obras, sino que con pocos pasajes es suficiente.

Decimos, pues.

1.º—Que es absolutamente necesario haber tenido experiencias místicas para describir, con la maestría que lo hace la Santa, la complejidad de los estados psíquicos que origina el misterioso comercio del alma con el cuerpo

A) Ella, en efecto, logró distinguir, con su experiencia, entre imaginación y entendimiento. Oídla:

*Yo he andado en esto de esta baraunda del pensamiento bien apretada algunas veces, y habrá poco más de cuatro años que vine a entender por experiencia, que el pensamiento o imaginación, porque mejor se entienda, no es el entendimiento, y preguntélo a un letrado, y díjome que era así, que no fué para mí poco contento. Porque como el entendimiento es una de las potencias del alma, hacíase me recia cosa estar tan tortolita a veces, y lo ordinario vuela el pensamiento de presto, que solo Dios puede atarlo, yo vía, a mi parecer, las potencias del alma empleadas en Dios y estar recogidas con El, y por otra parte el pensamienio alborotado: traíame tonta (1).*

Con idéntico certero análisis distingue la Santa las específicas actividades y sutil independencia de las tres potencias del alma en este párrafo que copiamos del Libro de la Vida. (2):

*Acaece algunas y muy muchas veces, estando unida la voluntad... (entiéndese que está la voluntad atada y gozando, y en mucha quietud está sola la voluntad) y está por otra parte el entendimiento y memoria tan libres, que pueden tratar en negocios y entender en obras de caridad. Esto aunque parece todo uno, es diferente de la oración de quietud que dije, en parte, porque allí está el alma que no se querría bullir ni menear, gozando en aquel ocio santo de María, en esta oración puede también ser Marta, así que está obrando juntamente en vida ativa y contemplativa, y entender en obras de caridad y negocios que convengan a su estado, y leer, aunque no del todo, están señores*

---

(1) Obras completas. Moradas IV, cap. I.

(2) Obras completas. Libro de la Vida, cap. XVII.

de sí, y entienden bien que está la mejor parte del alma en otro cabo. Es como si estudiésemos hablando con uno, y por otra parte nos hablase otra persona, que ni bien estaremos en lo uno, ni bien en lo otro.

B) No admira menos la maestría con que la Santa distingue entre arrobamiento y suspensión (unión de las potencias). Seguid prestando atención a la excelsa doctora:

*La diferencia que hay—dice la Santa—del arrobamiento a ella, (a la unión) es ésta: que dura más y siéntese más en esto exterior, porque se va acortando el huelgo, de manera que no se puede hablar, ni los ojos abrir, aunque esto mismo se hace en la unión, es acá con mayor fuerza, porque el calor natural se va no sé ya adónde, que cuando es grande el arrobamiento, que en todas estas maneras de oración hay más y menos, cuando es grande, como digo, quedan las manos heladas y algunas veces extendidas como unos palos, y el cuerpo, si toma en pié, así se queda, u de rodillas, y es tanto lo que se emplea en el gozo de lo que el Señor le representa, que parece se olvida de animar en el cuerpo y le deja desamparado, y, si dura, quedan los nervos con sentimiento (1).*

*En estos arrobamientos—dice en el Libro de la Vida—(2) parece no anima el alma en el cuerpo, y así se siente muy sentido faltar de él el calor natural: vase enfriando, aunque con grandísima suavidad y deleite. Aquí no hay ningún remedio de resistir, que en la unión, como estamos en nuestra tierra, remedio hay, aunque con pena y fuerza, resistir se puede casi siempre, Acá las más veces ningún remedio hay, sino que muchas, sin prevenir el pensamiento ni ayuda ninguna, viene un ímpetu tan acelerado y fuerte, que véis y sentís levantarse esta noche (3) u esta águila caudalosa, y cogeros con sus alas.*

C) Ved asimismo con qué asombroso realismo distingue ella entre unión mística y matrimonio espiritual:

*Digamos que sea la unión, como si dos velas de cera se juntasen tan en*

(1) Relación V. Obras completas. Tomo II.

(2) Obras completas, cap. XX.

(3) Admirable transición del estilo recto al figurado.

extremo, que toda la luz fuese una, u que el pábilo, y la luz y la cera es todo uno, más después bien se puede apartar la una vela de la otra, y quedan en dos velas, u el pábilo de la cera. Acá es como si cayendo agua del cielo en un río u fuente, a donde queda becho todo agua, que no podrán ya dividir ni apartar cual es el agua del río, u lo que cayó del cielo, o como si un arroyo pequeño entra en la mar, no habrá remedio de apartarse, u como si en una pieza estuviesen dos ventanas por donde entrare gran luz, aunque entra dividida, se hace todo una luz (1).

Pero la Santa no nos dice solamente en sus Obras qué es lo que sucede allá dentro del alma a los místicos, sino que nos cuenta además sus propias experiencias, con un tono tal de naturalidad, con una riqueza de detalles tan admirable, que poner en duda la autenticidad de las mismas, es ser escépticos porque sí. Escuchemos algunas:

A)... Estando en estos mismos días, el de Nuestra Señora de la Asunción, en un monesterio de la Orden del glorioso Santo Domingo, estaba considerando los muchos pecados que en tiempos pasados labia en aquella casa confesado y cosas de mi ruin vida. Sentéme y aun paréceme que no pude ver alzar ni oír misa, que después quedé con escrúpulo de ésto. Pareciome estando así, que me vía vestir una ropa de mucha blancura y claridad, y al principio no vía quien me la vestía. Después ví a Nuestra Señora hacia el lado derecho, y a mi padre San Josef a el izquierdo, que me vestían aquella ropa. Dióseme a entender que estaba ya limpia de mis pecados. Acabada de vestir y ya con grandísimo deleite y gloria, luego me pareció asirme de las manos Nuestra Señora. Díjome que la daba mucho contento en servir al glorioso San Josef ...Parecíame haberme colocado en el cuello un collar de oro muy hermoso, asida una cruz a él de mucho valor (2).

B)... Estando en esta consideración, díome un ímpetu grande, sin entender yo la ocasión, parecía que el alma se me quería salir de el cuerpo, porque no cabía en ella, ni se ballaba capaz de apreciar tanto bien. Era un ímpetu

(1) Obras completas. Tomo IV. Moradas VII, cap. 2.º

(2) Obras completas. Tomo I. Capítulo XXXIII de La Vida.

tan excesivo, que no me podía valer, y, a mi parecer, diferente de otras veces, ni entendía qué había el alma, ni qué quería, que tan alterada estaba. Arri-méme, que aún sentada no podía estar, porque la fuerza natural me faltaba toda. Estando en esto veo sobre mí una paloma, bien diferente de las de acá, porque no tenía estas plumas, sino las alas de unas conchicas que echaban de sí gran resplandor. Era grande más que paloma; paréceme que oía el ruido que hacía en las alas. Estaría aleando espacio de un Avemaría. Ya el alma estaba de tal suerte, que perdiéndose a sí de sí, la perdió de vista. Sosegóse el espíritu con tan buen huésped, que, según mi parecer, la merced tan maravillosa le debía de desasosegar y espantar, y como comenzó a gozarla, quitósele el miedo, y comenzó la quietud con el gozo, quedando en arrobamiento (1).

C)... Desde a un poco fué tan arrebatado mi espíritu, que casi me pareció estaba del todo fuera del cuerpo, al menos no se entiende que se vive en él. Vi a la Humanidad sacratísima con más excesiva gloria que jamás la había visto. Representóseme por una noticia admirable y clara estar metido en los pechos del Padre, esto no sabré ya decir cómo es, porque, sin ver, me pareció me vi presente de aquella Divinidad. Quedé tan espantada y de tal manera, que me parece pasaron algunos días que no podía tornar en mí, y siempre me parecía traía presente aquella majestad del Hijo de Dios, aunque no era como la primera. Esto bien lo entendía yo, sino que queda tan esculpida en la imaginación, que no lo puede quitar de sí (2).

D)... Quiso el Señor que viese aquí algunas veces esta visión: vi un ángel cabe mí al lado izquierdo en forma corporal, lo que no suelo ver sino por maravilla. Aunque muchas veces se me representan ángeles, es sin verlos, sino como la visión pasada que dije primero. Esta visión quiso el Señor que la viese así: no era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido que parecía de los ángeles muy subidos, que parecen todos se abrasan. Deben ser los que llaman Querubines que los nombres no me los dicen, más bien veo que en el cielo hay tanta diferencia de unos ángeles a otros, y de

---

(1) Obras completas. Tomo I. Cap. XXXVIII de La Vida.

(2) Obras completas. Tomo I. Cap. XXXVIII de La Vida.

*otros a otros, que no lo sabría decir. Víale en las manos un dardo de oro largo, y al fin de el hierro me parecía tener un poco de fuego. Este me parecía meter por el corazón algunas veces, y que me llegaba a las entrañas. Al sacarle me parecía las llevaba consigo y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor, que me hacía dar aquellos quejidos, y tan ecesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal, sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo, y aun barto. Es un requiebro tan suave que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo a su bondad le dé a gustar a quien pensare que miento (1).*

Señores: estamos llegando al final de nuestro trabajo. Solamente queremos, antes de terminar, hacer constar un hecho. Que Santa Teresa no tuvo experiencias místicas solamente durante el período 1555-1564, que es el espacio que según Cuningahame fué mística Santa Teresa (—y en el sentido tan torcido que ella da a la palabra mística), sino que fué mística, en el sentido plenamente litúrgico que la Iglesia da a esta palabra, durante toda su vida, a partir del 1555 en que, rompiendo todos los lazos humanos, se verificó en ella la estrofa de San Juan de la Cruz:

Buscando mis amores,  
iré por esos montes y riberas;  
ni cogeré las flores,  
ni temeré las fieras,  
y pasaré los fuertes y fronteras.

**Pruebas cronológicas.**—Para convencerse de ello basta con leer las «Relaciones» de la Santa, recogidas en el tomo II de las Obras completas, editadas en Burgos, 1915-1924, por el P. Silverio de Santa Teresa.

Son las «Relaciones» breves notas sueltas que escribió la Santa en distintas épocas y circunstancias de su vida, conteniendo de ordinario un favor o merced de Dios, esto es, una experiencia mis-

---

(1) Obras completas. Tomo I. Cap. XXIX de La Vida.

tica, como lo podréis observar por estas que al azar he elegido.

Relación XVII.—*Una vez, poco antes de esto, yendo a comulgar, estando la Forma en el relicario, que aun no se me había dado, vi una manera de paloma que meneaba las alas con ruido (1). Turbóme tanto y suspendióme, que con harta fuerza tomé la Forma. Esto era todo en San Josef de Avila. Dábame el Santísimo Sacramento el Padre Francisco de Salcedo. Otro día, oyendo su misa, vi a el Señor glorificado en la Hostia. Dijome que le era a cetable su sacrificio.*

Relación XXVI.—*El día de Ramos, acabando de comulgar, quedé con gran suspensión, de manera que aun no podía pasar la Forma, y teniéndola en la boca, verdaderamente me pareció, cuando torné un poco en mí, que toda la boca se me había binchido de sangre, y parecíame estar también el rostro y toda yo cubierta de ella, como que entonces acabara de derramarla el Señor. Me parece estaba caliente, y era ecesiva la suavidad que entonces sentía, y dijome el Señor: «Hija, yo quiero que mi sangre te aproveche, y no hayas miedo que te falte mi misericordia...»*

Relación XXXV.—*Estando en la Encarnación el segundo año que tenía el priorato, Otava de San Martín, estando comulgando... representóseme por visión imaginaria, como otras veces, muy en lo interior y dióme su mano derecha, y dijome: «Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy. Hasta ahora no la habías merecido; de aquí adelante, no solo como criador y como Rey y tu Dios mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mía». Hízome tanta operación esta merced, que no podía caber en mí, y dije al Señor que o ensanchase mi hajeza, o no me biciese tanta merced, porque, cierto, no me parecía lo podía sufrir el natural. Estuve así todo el día muy embebido.*

De este tenor hay conservadas 71 relaciones de las cuales nos da el P. Silverio las fechas, resultando que ellas esmaltan todos los años posteriores al 1565.

---

(1) Este favor es distinto de aquella merced de que hablamos arriba, página 25, ya que la presente es probablemente del 30 de junio de 1571 (P. Silverio, Obras)

En efecto, distribuídas cronológicamente las *Relaciones* resulta este cuadro muy elocuente:

Las cinco primeras simultáneas o poco posteriores al Libro de la Vida.

La 7. <sup>a</sup> es del año	1569
La 8. <sup>a</sup> hasta la 14. <sup>a</sup> del	1570
La 15. <sup>a</sup> » » 24. <sup>a</sup> »	1571
La 25. <sup>a</sup> » » 36. <sup>a</sup> »	1672
La 37. <sup>a</sup> y 38. <sup>a</sup>	» 1574
La 39. <sup>a</sup> hasta la 62. <sup>a</sup> »	1575
La 63. <sup>a</sup> » » 70. <sup>a</sup> »	1577
La 71. <sup>a</sup>	» 1579
La 6. <sup>a</sup>	» 1581

Santa Teresa moría el 4 de octubre de 1582.

Con los datos expuestos creo sinceramente que cualquier persona de buena fe podrá persuadirse de que Santa Teresa, contrariamente a lo que pretende demostrar Miss Cunnighamame fué una mística auténtica, una mística elevadísima, cuyas émulas acaso solamente alcancen a serlo Santa Gertrudis o Santa Catalina de Sena, y que ella no lo fué solamente en un corto espacio de tiempo, sino siempre hasta su muerte, desde que se unió con el Esposo divino en místico e inefable matrimonio espiritual, desde que se realizó en ella la magnífica estrofa de San Juan de la Cruz.

La blanca palomica  
 Al arca con el ramo se ha tornado.  
 Y ya la tortolica  
 Al socio deseado  
 En las riberas verdes ha hallado.

## IV

## EPILOGO

A lo largo de mi conferencia habréis podido apreciar, señores, tres características muy acusadas en la Obra de G. Cunninghame Graham:

la antiespañola,  
la anticatólica,  
la antiteresianista.

Pocos libros pueden tener más amplias aspiraciones derrotistas. Pocos, quizá, lleguen tan certeramente a herir en las fibras más sensibles del alma netamente española. Y, no obstante, esta Obra, no solamente circula libremente, y sin trabas se vende y se compra, sino que hasta ayer, señores, hasta ayer que se llamó la atención al librero, la Obra en cuestión figuraba ¡pasmáos! en la Exposición del Libro religioso, en una determinada librería de esta ciudad.

Zanjado este episodio con la disculpa de una buena fe tan extensa como la ignorancia, quedamos una pregunta por formular:

¿Tiene derecho a ser del dominio público la Obra que hemos comentado?

A. M. D. G.